

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

**Biblioteca "Nuestro Corazón"**

cuyos primeros números publicados

**La que se hizo amar**

de Marcelo Priollet,

**NADA SE BORRA**

de Max Dervieux,

**LA ESPOSA Y LA AMIGA**

de José Baeza Valero y

**EL HOMBRE QUE NO SERVÍA PARA NADA**

de Jorge Clary,

obtuvieron un éxito enorme.

El quinto volumen, que apareció el día 31 de diciembre, se titula

**LA FALTA DEL HOMBRE**

novela original de René Trotet de Bargis

**Biblioteca "Nuestro Corazón"**

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y su precio es el de UNA PESETA

J. HORTÁ, IMPRESOR

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

N.º 395

50 CTS.



Mi tía  
de  
Mónaco

POR  
Carmen

Boni

Filmoteca

Número extraordinario

de Catalunya



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN | Pasaje de la Paz, 10 bis  
ADMINISTRACIÓN | TELÉFONO 18551

Año VIII BARCELONA N.º 395

---

## MI TIA DE MÓNACO

Comedia del DR. CURT J. BRAUN, inspi-  
rada en una idea de MAX REICHMANN

Interpretada por  
CARMEN BONI,  
GUSTAVE FRÉLICH  
y VERA SCHMITERLON



EXCLUSIVA DE  
**Balart y Simó**

Aragón, 249

BARCELONA

---

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
BERT ROACH





## Mi tía de Mónaco

---

---

---

Prohibida la  
reproducción  
Revisado por  
la censura

---

---

Silbidos de sirenas, trepidar de autobuses, de trenes aéreos y subterráneos... Tal es la sinfonía expresionista con que la inmensa colmena de Berlín despierta cada mañana.

Con la ciudad se despertaba también el joven profesor Gustavo Silesius, agregado al gran observatorio de Berlín, un verdadero sabio, pero un diminuto grano de arena perdido en la vorágine del vivir moderno.

Vivía en una gran casa de huéspedes del centro de Berlín, albergue de oficinistas, estudiantes y mecanógrafas.

Aquella mañana, a las ocho, la patrona de la casa, una mujer de temperamento ma-



ternal para todos los pensionistas, entraba a Gustavo una carta urgente.

Desperezóse el profesor... Se estaba tan bien en el suave lecho, más acogedor que nunca a la hora matinal...

Vistiéndose en un santiamén, leyó después la perfumada carta, que acababan de darle, y cuya procedencia adivinaba.

Era de su novia.

*Querido Gustavo:*

*¿Has olvidado acaso, profesor distraído, estudioso astrónomo, que nos casamos mañana? Por si la Vía Láctea o la Osa Mayor te han hecho olvidarlo, te escribo estos renglones para recordártelo.*

*Mil besos de tu*

*Amelia*

Besó dulcemente aquel billete y le pareció ver ya ante él a la delicada criatura, de la que estaba locamente enamorado.

No, no se había olvidado de la boda... Precisamente llevaba varios días incurriendo en grandes distracciones, en continuos olvidos en sus trabajos astronómicos, y de esto sólo tenía la culpa su próximo enlace.

Contento, con la alegría de las hermosas horas que preceden a todo amor, se desayunó de modo frugal y se dispuso a marchar a su obligación.

La patrona tuvo que advertirle:

—Pero, señor profesor, ¿va usted a ir así al observatorio?

Gustavo se echó a reír al ver que llevaba aún las zapatillas. Cambiolas por sus zapatos de calle y se encaminó al Observatorio.

Se hallaba éste situado en las alturas de Berlín y su mole majestuosa parecía dominar como un gran ojo metálico la ciudad.

Bajo la cúpula giratoria miraba muchas veces al cielo, pretendiendo sondear la misteriosa vida de los astros.

Tres o cuatro sabios pasaban allí gran parte del día y de la noche, arrancando siempre al sistema astronómico nuevos e interesantes descubrimientos.

—¡Buenos días, señores!—dijo Gustavo, sonriente, al entrar en la gran sala llena de aparatos para mirar el cielo.

Contestaron afectuosamente a su saludo y todos continuaron en su labor, bien mi-



rando por la ecuatorial el sol, o estudiando en libros y aparatos la maravillosa inmensidad de la Naturaleza.

Uno de los profesores, que se hallaba ante unas fotografías, miró con aire de censura a Gustavo, y le dijo:

—Pero, ¿qué es lo que hizo usted anoche? Fotografió a Marte en vez de Venus. ¡A ver si mañana por la noche repite la hazaña!

—Mañana por la noche, los astros se verán libres de mi objetivo... porque yo estaré en viaje de novios...—contestó, riendo.

—¿Cómo, va usted a casarse?... Es verdaderamente risible—dijo su interlocutor, el profesor Arnold, hombre soltero, para el cual no había otros placeres que los del estudio.

—Yo no opino como usted... perdóneme...

—¡El matrimonio... el amor!... ¡Cuánta mentira!

Acercóse otro de los astrónomos, y dijo:

—La unión, por el matrimonio, de dos organismos de distinto sexo, profesor Arnold, tiene por fin el desarrollo de la raza

humana y está en armonía con la Naturaleza.

—Dice usted bien, querido colega—habló otro de los profesores—. Ya el hombre prehistórico buscaba, en casos análogos, una compañera más o menos joven.

—¡Todo eso es ridículo y prosaico! ¿Qué vale el matromonio, comparado con la Astronomía?

Y el profesor Arnold hizo un gesto de desdén para las deleznales cosas tan poco serias que preocupaban a sus camaradas, y continuó enfrascándose en el complicado estudio del mundo sideral.

Mientras tanto, Amelia Mildet, la novia de Gustavo, se hallaba en un estudio con varias amigas, pintando retratos.

Era Amelia una muchacha que había sabido conservar el tesoro de su sencillez en medio del loco torbellino de la postguerra.

Conocedoras sus amigas de que iba a casarse al día siguiente, la hicieron objeto de toda clase de ironías y comentarios de hembras ultra modernas.

—¿Casarse? ¡Qué vulgaridad!... ¡Eso es la negación del espíritu moderno!



—La mujer de hoy, Amelia—dijo otra chica—, no debe pensar en casarse, sino en superar al hombre...

—El matrimonio es símbolo de esclavitud...

—¿Queréis dejarme en paz? — protestó Amelia—. Yo no quiero ser moderna. ¡Yo quiero casarme!... Yo quiero ser madre de familia y tener muchos hijos... ¿Os enteráis?

—¡Ingenua!

—¡Tontuela!

Y durante toda la mañana siguieron lanzándole los proyectiles de sus donosas bur-las, y Amelia tuvo que sortear como pudo el temporal producido por el modernismo y también por la envidia.

Amelia era pobre, pero tenía buena mano en la pintura, y la venta de algunos de sus cuadros, así como algún dinero que cotidianamente le enviaba una tía muy rica, le daban lo suficiente para vivir una existencia sin privaciones.

Ahora, su matrimonio con Gustavo, del que estaba muy enamorada, iba a completar su dicha.

Los dos, unidos, se sentirían tan fuertes que el mundo les parecería suyo.

¡Ansias de triunfar, de sobresalir, anhelos de celebridad y de gloria! Para él, los estudios del cielo, ella, los estudios de la pintura, de reflejar y copiar en los lienzos todo lo bello y espléndido que se encierra en la tierra.

¡Con qué misteriosa emoción esperó Amelia el nuevo día!

\* \* \*

Se casaron... Una boda modesta, sin ostentaciones de ningún género, a primera hora matinal.

Y después de la ceremonia nupcial, el primer cuidado de los recién casados fué visitar su nido de amor.

Era un pisito coquetón, sencillo, donde varios obreros estaban poniéndolo como nuevecito, para albergue de la nueva pareja amorosa.



Se hallaban las cosas en desorden, pero la portera les advirtió con cariño:

—Cuando ustedes vuelvan del viaje de novios, todo esto estará arreglado y dará gusto verlo...

—Sí... sí... pero como volveremos pronto, es preciso que aprieten en el trabajo—dijo Gustavo.

Cuando se marcharon los operarios y la portera, el joven dijo a su mujer:

—Saldremos esta noche... Si viajamos en segunda clase, podemos prolongar nuestras vacaciones uno o dos días más...

—Mira, entonces viajaremos en tercera clase... y viajaremos durante una semana. ¿Te parece bien?

—Conformándote tú, ¿qué me importa todo? ¡Ay, no ser rico! Yo que quisiera para ti lo mejor de lo mejor... Mi sueldo no da para más... y...

—¿Y eso qué importa? Nuestra dicha nos basta...

Y aquella misma noche emprendieron su ruta de amor... Y sobre las paralelas de los raíles, pasearon por el mundo su felicidad.

Visitaron varias ciudades, nuevas tierras que no habían recorrido nunca, y todos los paisajes fueron como decoraciones del escenario de su pasión... y en la embriaguez de la dicha volaron los días y las horas.

Pero todo tiene su fin... hasta los viajes de novios.

Una semana después en un modesto vagón de tercera clase, regresaban a Berlín.

Pasaban la interminable noche sobre el asiento de madera, terriblemente duro e incómodo.

Amelia apoyaba su rubia cabecita en la de su marido y dormía a intervalos, desvelada por el continuo movimiento del tren.

Por fin, ya cerca de la capital, ella despertó definitivamente.

—He tenido un sueño muy raro... algo referente a una carta... pero no sé con certeza lo que era.

—Los sueños nos engañan siempre, hijita...

El convoy entraba en agujas...

La estación, humo, inmensa marquesina gris... Descendieron del coche y marcharon



rápidamentè hacia el pisito que iban a habitar.

La portera les entregó la llave.

Todo estaba ya en orden, los techos limpios y pulidos, las paredes brillantes y blancas, flamante el mosaico, los muebles sin estrenar...

Un nido adorable... para pasar en él todas las horas posibles.

Mientras Gustavo descorchaba una botella de champaña para celebrar la vuelta, la portera entregó a la señorita Amelia una carta que se acababa de recibir.

La joven contempló nerviosamente aquel sobre, y sin saber por qué, evocó inmediatamente el sueño tenido en el tren.

La abrió y lanzó una exclamación de sorpresa.

Su emoción fué más viva a medida que iba leyendo el texto.

*Querida Amelia:*

*Estás ya en edad de casarte, y como nadie conoce a los hombres mejor que yo, deseo que vengas a mi lado para buscarte un novio.*

*Todos los gastos corren, naturalmente, de mi cuenta y, para empezar, te mando lo necesario para el viaje.*

*Te espera con impaciencia, tu tía*

*Irene.*

—¡Buena la hemos hecho!—murmuró la joven.

Llegó Gustavo con dos copas de champaña, ofreciendo una a su mujer. Pero ésta no la quiso, y dijo tristemente:

—Mira qué carta he recibido.

Leyóla él y comentó:

—¿De modo que tu tía te cree aún soltera?

—¡Figúrate! ¡Es terrible! Nos hemos olvidado de comunicar nuestra boda a mi tía de Mónaco.

—Ya se consolará... y si no se consuela, peor para ella...

—¡Pero no comprendes! —dijo ella con voz nerviosa—. Yo soy su única heredera... y es muy rica; tiene millones.

—Será una vieja antipática...

—No lo creas, todo lo contrario. Es casi tan joven como yo, una huérfana soltera muy guapa... ¡Y con lo que a mí me quiere!



¡Qué lástima no haberle participado el casamiento!... Estoy segura de que te ofrecería un observatorio particular como regalo de boda...

—No hablemos de lo que no tiene remedio—dijo él, displicente—. Anda, bebe...

Apuraron las copas de champaña y ella se dejó besar muchas veces por su apasionado marido.

De pronto, ella dijo:

—Se me ocurre una idea. Me presentaré a mi tía Irene como si yo no estuviera casada...

—¡Muy bonito!—protestó Gustavo.

—¡Vaya si lo es!... Yo me reúno con ella y tú llegas detrás de mí un día o dos después... Nos conocemos todos, yo confieso la verdad, mi tía nos da dinero y hacemos un segundo viaje de novios.

—Me parece un absurdo...

—Pero, Gustavo, parece mentira... ¡Conoces al dedillo las matemáticas y, en este caso, no sabes calcular!

—No es ésta una cuestión de cálculo, Amelia... Yo no quiero separarme de ti ni por todo el oro del mundo.

—Pero si sólo es por unos días... Yo sé que le gustarás a mi tía...

—¡No!...

—Sí, le gustarás... Porque eres atrevido... y elegante... y simpático... y buen mozo... Y tía Irene estará encantada de haberte conocido y nos dará mucho dinero... mucho...

Y tan cariñosa y suavemente le besó, con tanta firmeza definió las ventajas de aquel viaje, que Gustavo acabó por turbarse.

Y como cuando una mujer se propone una cosa la consigue siempre, aquella misma tarde, Gustavo acompañó a Amelia a la estación.

Ella tomó el tren que debía conducirla a Niza, pues su tía Irene vivía en una finca entre Mónaco y Niza, en el marco espléndido de la Costa Azul.

—Mañana, en el otro tren, te vienes tú a la Riviera, Gustavo. No faltes, ¿eh? Y ya verás cómo la comedia acaba de modo excelente.

—¡Hasta pronto... vencedora! ¡Y ojalá no nos traiga disgustos este viaje!

—Nada de eso... Pero, adiós... adiós...

Arrancaba ya lentamente el tren... Un úl-



timo beso... un último apretón de manos...

Majestuosamente, el convoy se deslizó y, al salir de la estación, emprendió veloz marcha, vía libre...

\* \* \*

La Costa Azul, paraíso del mundo brillante y ostentosa que hasta entonces Amelia sólo había conocido a través de las páginas de los libros.

A su llegada a Niza, la bella Amelia anduvo un poco desorientada por la estación.

Antes de que tuviera tiempo de orientarse, una mujer seca y estirada, joven aun, avanzó hacia ella y le dijo:

—Es usted la señorita Amelia Mildet, ¿verdad?

—Sí...

—Yo soy Regina, la señorita de confianza de su tía Irene...

—¡Ah!... muy bien... ¿y mi tía?

—Estará seguramente en el hotel.

Subieron a un coche...

Pasaron rápidamente por la hermosa ciudad de los millonarios y luego avanzaron por hermosos parajes, hasta llegar al hotel donde se hospedaba tía Irene.

—¡Oh, qué hermoso paisaje!—decía Amelia, contemplando maravillada el espectáculo de una naturaleza bella y resplandeciente.

—A nosotros no nos interesan los paisajes más que cuando están relacionados con el "sport"—contestó la seca y estirada señorita de compañía.

Al parecer, se trataría de otra modernista de aquellas que sólo viven para el deporte.

Ya en el hotel, Amelia tuvo que esperar largo rato en las habitaciones de su tía, pues ésta estaba fuera.

—La señora está en la carrera de autos, pero no tardará en llegar.

Amelia aprovechó el momento de verse sola para redactar un telegrama a Berlín.

*Profesor Gustavo Silesius.  
Friedrichstrasse 14. Berlín.*



*He llegado bien. Te espero.*

*Amelia.*

Media hora después entró en la habitación su tía Irene. Era una mujer preciosa, exquisita...

Sus negros cabellos enmarcaban una carita morena, siempre risueña e iluminada por los grandes y rasgados ojos. De cuerpo esbelto, tenía en todos los gestos una actitud elegante y digna.

Acababa de llegar de las carreras de automóviles y ante la puerta del hotel había dejado a sus admiradores, que la seguían a todas partes, como un cortejo de honor.

Era tía Irene uno de los principales atractivos de la Costa Azul. Podían dar fe de ello los siete "alabarderos" que le daban a todas horas escolta.

Siete jóvenes de lo más florido y encantador de la Riviera, con una porción de millones en sus cajas de caudales o en las de sus respectivos papás. Seis de ellos eran tipos apuestos y arrogantes, pero el séptimo era un verdadero fenómeno de gordura.

Irene, al ver a su sobrina, se echó a sus

brazos. Luego la contempló con admiración.

—¡Pero si estás hecha una mujer, hija mía! Cuando te vi la última vez, todavía jugabas al aro y usaban dos trenzas hermosas...

—Los tiempos cambian, títa... Ya ves...

Y sonrió, pensando en la sorpresa que tendría su tía cuando se enterara de que estaba casada.

—Y yo, ¿qué te parezco?—dijo Irene—. ¿No me encuentras demasiado vieja?

—Todo lo contrario. Hermosa como siempre...

—Gracias, sobrinita Amelia. Tú sí que eres un encanto. Lo que no me explico es cómo todavía no se ha enamorado ningún hombre de ti—dijo, sonriendo maliciosamente.

—¿Qué quieres...?

—Pero, lo que no ha sido hasta ahora, lo será bien pronto. Yo me encargo de buscarte el marido que necesitas.

—¿Sí?

Amelia se turbó. Con tal de que su tía



no fuera demasiado lejos ni demasiado rápida...

—Ante todo, voy a presentarte mis siete “alabarderos”, que están muy intrigados y desean conocerte.

—Pero, ¿tú has dicho...?

—Sí, hija mía. Saben que debías llegar hoy... He preparado el terreno para casarte lo antes posible.

Dió una orden a su dama de compañía, y momentos después se presentaron en la habitación siete “pollos bien” de lo más florido de la Costa Azul.

Uno a uno fueron saludando a la hermosa muchacha, quien tenía para todos la misma sonrisa indiferente y glacial. La obsesquiaron con flores...

Tía Irene sonreía contemplando el revoleoteo de todas aquellas almas juveniles junto al alma luminosa de Amelia.

El joven gordo saludó con exquisito miramiento a la joven, y ésta no pudo menos de reírse ante la voluminosa masa humana.

Otro de los galanes propuso:

—¿Quiere usted que venga mañana a buscarla con mi “Hispano” cien caballos?

—Eso es demasiado peligroso—dijo otro de los jóvenes—. Mejor es que juegue al “tennis” conmigo.

—Mañana se celebra el campeonato de “golf”. ¿Acepta venir conmigo? —dijo un tercero.

—Mañana, a primera hora, hay regatas en Montecarlo... ¿Me permite usted que yo la acompañe?—propuso otro.

Ante aquel diluvio de invitaciones, la muñequita berlinesa se hallaba anonadada. No sabía cómo contestar, cómo excusarse ante el cúmulo de citas que le daban.

Miró a su tía como pidiendo protección, y ésta, pareciendo comprender lo que ocurría en el alma de Amelia, dijo a los “alabarderos”, mote con que ella los había bautizado desde el principio de la temporada:

—Déjenla ustedes por hoy, amigos míos... Necesita descansar... Mañana será otro día.

Y, sonriente, les fué empujando hacia la puerta.

Uno tras otro fueron despidiéndose de la forastera, y cuando ésta vió que la puerta se había cerrado tras los importunos adoradores, sintió una sensación de alivio.



—¡Uf! ¡Si vieras lo fatigada que me siento!...

—Me hago cargo... Pero, ¿qué te han parecido? Son simpáticos, ¿no?



*... la muñequita berlinesa se hallaba anodada...*

—Sí.. .no están mal...

—Pues, hay que elegir entre ellos el marido ideal.

—Tienes razón.

Y sintió un fervoroso deseo de que lle-

gara cuanto antes su adorado Gustavo, para poderlo presentar como el ideal soñado y venturoso.

—Vamos a ver cómo disponemos el tiempo de mañana—dijo tía Irene—. A las nueve, sesión de “golf”; a las once, “tennis”; a las doce, sesión de equitación... a las cuatro...

Amelia la interrumpió, asustada:

—Pero, tía... ¡si yo no sé montar a caballo! ¡Si no conozco el “tennis” ni el “golf”!

—Eso se aprende pronto, querida... ya verás qué bien dominas todos los deportes. Es necesario. La mujer moderna debe ser deportista, si quiere hacer un buen papel en sociedad.

¡Ah, cómo cansaban a Amelia aquellas proposiciones! ¿Qué le importaban a ella todos los deportes, si lo que quería era a su Gustavo, y no amaba otra cosa que su arte de pintora y la ciencia astronómica de su marido?

—Tía—exclamó—. ¿Me permitirás ahora que cene un poco y me vaya a descansar?

Tomó bastante alimento y poco después



dormía tranquilamente, rendida por el largo viaje...

\* \* \*

Al día siguiente, tía Irene fué, con su sobrina Amelia, a visitar el mejor modisto de la Costa.

Y la muchachita modosita y recatada de Berlín, se transformó en una dama del gran mundo, que lucía "toilettes" vaporosas, que fumaba cigarrillos egipcios y llevaba en la cara un derroche de colorines.

En dos días pareció aclimatarse al ambiente. A lo menos, de manera exterior, daba ya la impresión de que toda su vida la había pasado entre la alta sociedad.

Aquella tarde, regresaba del "golf" en compañía de su tía y de los siete jóvenes "alabarderos".

No sabía jugar; pero, preparada por siete profesores, no le sería difícil dominar en breve el deporte favorito de los ingleses.

Al entrar en el hotel, tuvo una gran sorpresa.

En el "hall" estaba su marido Gustavo Si-lesius.

Tuvo que reprimirse para no apartar de su lado a los adoradores y correr hacia su



... se transformó en una dama de gran mundo...

esposo, llenándole de besos y de caricias. Se detuvo. No era cuestión de que todo el proyecto se viniera abajo.

Sus ojos centellearon y en ellos pareció nacer una sonrisa hacia el dulce compañero de su vida.



¡Cuán agradecida le estaba a Gustavo por haber venido!

El plan iba a comenzar y era preciso que les sonriera el triunfo.

Ni Irene ni sus acompañantes se dieron cuenta de la presencia de aquel viajero, y todos juntos, con Amelia, tomaron el ascensor del hotel para acabar la tertulia en las habitaciones privadas de ellas.

Gustavo, al ver a su esposa, había sentido inmediatamente la mordedura de los celos.

¿Por qué se dejaba acompañar por aquellos jovencuelos inservibles, que en la vida no tenían otra misión que la de decir tonterías a las mujeres?

Esto no era lo convenido... Y, él, hombre de ciencia, de espíritu recto y enérgico, se impacientaba al ver a su mujer en tal compañía... y vistiendo, además, tal traje.

Porque, ¡diablo!, aquello podía ser un traje muy a la moda, muy de la Costa Azul, pero él no lo creía decente...

Tan corto, tan escotado, sin mangas...

Paseó su mirada furiosa por el grupo,

viendo luego a la otra mujer que iba con ellos y que creyó era tía Irene.

También gustaba de vestir a la moda.

Quiso subir al mismo ascensor, pero el encargado le dijo:

—Perdón, señor, el ascensor está ya completo.

Y cerrando la puerta, subió el aparato, dejando a Gustavo enfurecido.

Había sido un necio, permitiendo a su mujer tal aventura.

Subió lentamente por la escalera y, malhumorado, fué a ocupar su habitación.

Pero Amelia, que había logrado librarse por unos momentos de sus importunos adoradores, vió cruzar el corredor a su esposo y se dirigió tras él a su habitación.

Se echó a su cuello, riendo.

—¡Cuánto me alegro que estés ya aquí, Gustavo!... Pero, si vieras, el tiempo me ha pasado tan de prisa...

—Todo lo contrario de mí, que me ha parecido un siglo...

—Pero ahora estás ya cerca de mí... y todo marchará bien... Tienes que eleganti-



zarte más... Mi tía es muy exigente en cuestiones de modas.

Y ella misma le buscó en el maletín la ropa que había de vestir por la noche.

—Tengo que irme, ahora... Esta noche, en el restaurante, sácame a bailar, y así podremos hablar largamente.

Y dándole un beso, desapareció, sin que Gustavo tuviera tiempo de poder manifestarle su desagrado por cuanto veía.

Pero... Se lo diría por la noche.

No estaba dispuesto a consentir que continuasen galanteando a su mujer.

Ya verían todos cómo él acababa con la farsa.

¿Qué le importaba, al fin y al cabo, el dinero? A lo mejor, perdía la felicidad por ir a buscarlo.

No, no. Cien veces era preferible la dulce mediocridad de su vida berlinesa.

\* \* \*

Aquella noche, el restaurante del hotel estaba radiante... Nacionales y extranjeros cenaban en aquel precioso y bien decorado local, mientras una orquesta tocaba los más modernos bailables.

Irene, Amelia y los siete jóvenes, ocuparon una mesa ya reservada de antemano.

Aquellos jóvenes dividían los galanteos entre tía y sobrina. Ambas eran dignas por igual de admiración. Pero la segunda tenía aún la ventaja de la novedad.

Entró Gustavo y contempló con gesto cada vez más hosco la actitud de los jóvenes y la sonrisa con que parecía Amelia corresponder a los galanteos.

Amelia se levantó para bailar con uno de los admiradores, mientras Irene lo hacía con otro.

Y, mordiéndose los labios de rabia, Gustavo seguía con los ojos la bien ceñida pareja y sentía deseos de lanzar una copa contra el atrevido galanzuelo que tenía en sus brazos a Amelia.



Una mujer, elegantemente desnuda, es decir, elegantemente vestida con el más exagerado escote, junto al mostrador, contemplaba con curiosidad a Gustavo.



*Irene, Amelia y los siete jóvenes....*

Estaba celoso el joven, no era posible la duda.

Terminado el baile, volvieron las parejas a la mesa. Entonces, Amelia se dió cuenta de la presencia de su marido, y le sonrió.

Se iniciaban las nuevas notas de otra danza, y Gustavo avanzó hacia el grupo.

Pero era casi imposible llegar a Amelia, rodeada de la corte de amor.

Intentó abrirse paso; pero uno de los galanes le dijo en voz baja:

—¿Qué desea usted?

—Bailar con la señorita.

El otro le miró con asombro y, cogiéndolo de un brazo y llevándolo lejos de allí, le dijo:

—Es usted un poco original, señor... ¿Cómo quiere usted bailar con una señorita, sin haberle sido previamente presentado?

Y, sin darle tiempo a contestar, volvió al grupo y dijo a Amelia, que había contemplado en silencio aquella escena, faltándole valor para llamar a su marido:

—No tema usted... Aquí estamos nosotros para impedir los atrevimientos de semejantes personas...

Ella bajó los ojos, ligeramente avergonzada... ¡Pobre Gustavo! ¡Cuándo llegaría el momento de pedirle perdón!

Irene no se había dado cuenta de nada, ocupada en sortear el pertinaz tiroteo de



piropos con que la obsequiaban tres o cuatro de los "alabarderos".

Gustavo volvió al mostrador y allí, la mujer que le había mirado antes, le dijo:

—Parece que no es usted afortunado con la pequeña, ¿verdad?

El no respondió y marchó furioso del comedor.

Terminada la cena, Irene y Amelia se despidieron de sus amigos y se dirigieron a sus respectivas habitaciones.

Amelia se sorprendió al ver en su cuarto a Gustavo.

—Gustavo—le dijo con melancolía—debes perdonarme lo de esta noche; pero no creía aún llegado el momento... Hemos de ponernos de acuerdo para que te presente a mi tía...

La contempló él con indignación.

—¿Crees que voy a representar por mucho tiempo esta estúpida comedia?

—Pero, hijo mío... no te disgustes...

—¡Lo que haces es inaudito!... ¡Si no parece la misma! ¡Si no llevas ni un palmo de ropa encima del cuerpo! Vas a pillar una pulmonía...

—Todo el mundo va de esta manera. ¿Qué quieres? Es la moda.

—¡Pues, muy mal hecho! ¡Oh! ¿por qué te autoricé a venir?



*Terminada la cena...*

Paseó por la estancia, y viendo unas camisitas y una preciosa combinación interior sobre una mesa, la estrujó con rabia:

—¿Lo ves? Toda tu ropa no cabe en el puño. Y a eso no hay derecho.

—Pero...



El lanzó una mirada desdeñosa al tocador.

—Afeites. polvos, pintura para los labios. ¿Eres una mujer, o una paleta de pintor?

—¡Gustavo!

—¡Es escandaloso! Y yo que te creía un modelo de sencillez y de modestia...

—Pero, Gustavo... ¿Tan mal me tratas?

Casi se echó a llorar, y él sintió repentina compasión.

—Después de todo—dijo—, ¡qué caramba! eres una niña, Amelia, y como niña hay que tratarte... He estado demasiado duro contigo...

—Sí... sí... porque debías comprender que todo esto no lo he hecho más que para nuestra felicidad, para completar nuestra dicha—dijo ella—. Yo siempre te he sido fiel.

—¡Amelia! ¡Perdóname!

En aquel instante, llamaron a la puerta.

—¡Qué compromiso!—exclamó la joven, estremeciéndose.

—¡Que entre quien sea! ¡Yo no me muevo de aquí!

—Dios mío, ocúltate en alguna parte,

Gustavo... Me pones en una situación terrible... Ahí, en el balcón...

—¡Cuánta comedia!

Transigió al fin en ir al balcón, que ella cerró, asustada. Después fué a abrir la puerta.

Era tía Irene, que llevaba una baraja en la mano.

Palideció más y más Amelia, dando continuas miradas al balcón, por el que Gustavo paseaba impaciente, dejando ver su sombra a través de los visillos.

—No podía dormir, Amelia, y por eso vengo a charlar contigo un rato—le dijo su tía.

Se sentó y extendió la baraja. Quería que jugasen al "pocker". Pero Amelia seguía nerviosa, frenética, temiendo descubrieran a su marido.

—Entre mis siete "alabarderos"—dijo la tía—hay particularmente dos que están interesados por ti...

—¿Sí?

—Creo que debes decidirte pronto. Estás ya en edad de casarte.



La sombra pareció acercarse más y más a los visillos.

Amelia se levantó y dirigióse ante el balcón, procurando con su cuerpo impedir que se descubriese a Gustavo.



—No podía dormir, Amelia, y por eso vengo a charlar contigo...

Comenzó a llover torrencialmente, y la joven miró horrorizada al exterior, pensando en cómo se pondría su marido.

De pronto, Irene vió que alguien paseaba

por el balcón. Levantóse con profunda extrañeza y lo abrió de par en par.

Un hombre joven entró en la estancia, ante la consiguiente desesperación de Amelia y la sorpresa de tía Irene.

Gustavo inclinó la cabeza, saludando a las dos mujeres. Iba calado hasta los huesos; la lluvia le había puesto perdido.

—¿Qué hacía usted ahí?—preguntó tía Irene, serenamente.

—Si le digo a usted que estaba tomando el fresco, no me lo va a creer... — respondió tranquilamente.

Entró Regina, la dama de compañía, y dijo a su señora, con fuerte excitación:

—Señora.. una cosa terrible... acaban de robarle las joyas a una cliente del hotel: la princesa de Suworof...

Irene y Regina contemplaron con frialdad al desconocido. La misma sospecha pareció anidar en el alma de las dos. Aquel desconocido que se había ocultado en el balcón, era el ladrón de las joyas.

—¡Déjenme sola! — dijo Irene—. Tengo que hablar con el señor.

Amelia y la dama se alejaron hacia otra



habitación contigua. ¡Con qué temor contempló la esposa a Gustavo!

Era preciso tener diplomacia, saber sortear las dificultades, para llegar al triunfo final... Con tal de que no cometiese una plancha...

Amelia y Regina, desde la otra estancia, se miraron en silencio, como si las dos estuviesen preocupadas por la misteriosa aparición de aquel caballero.

—Un hombre interesante, ese que se ha quedado con la señora—dijo Regina.

—¿Verdad que sí? ¿Verdad que usted también lo encuentra encantador?

—¡Ya lo creo!...

Escucharon.

Tía Irene, mirando entre burlona y severa al desconocido, le dijo:

—Hablemos con franqueza. Usted ha venido aquí a robarnos, ¿no es eso?

Vaciló Gustavo. No sabía si confesar ahora mismo la verdad y declararse esposo de Amelia, o seguir manteniendo aún la farsa mientras fuera posible.

Pero como viese que Irene le miraba con cierta solicitud, de la que estaba exento to-

do rencor, optó momentáneamente por callar, pensando que daría mejor resultado.

Irene volvió a contemplar a aquel hombre, cuyo aspecto no le desagradaba, ni mucho menos. pues a su elegancia personal unía una enérgica atracción varonil.

—¿Calla usted? ¡Ah! ¿No sabe que yo puedo hacerle detener en cuanto se me antoje?

—Como usted guste, señora... Todo me es indiferente—contestó el joven, que ante la linda mujer sentía repentinos deseos de continuar aquella comedia, hasta que Amelia le avisase de lo contrario.

—No está en mi ánimo causarle el menor daño, sino todo lo contrario, ¿entiende?—dijo ella.

—Muchas gracias...

—Huya usted... No soy su cómplice, pero tampoco quiero ser su juez.

—Le estoy muy reconocido.

Ella le abrió la puerta, al propio tiempo que le decía con suavidad:

—La verdad. más que un ladrón de joyas, me parece usted un perfecto caballero...



—Es un favor más que tengo que agradecerle, señora.

Irene le miró con vivo interés, pareciéndole que si algún hombre podía interesarle en el mundo, era aquél.

—¿Deseaba usted algo más?—dijo Gustavo con pasmosa tranquilidad, que contrastaba con la furia de que antes había dado prueba con Amelia.

—No, pero no le creo un aventurero—exclamó—. Me interesa conocerle a usted más a fondo... Le espero mañana por la mañana, a las diez, en el "hall" del hotel.

—No faltaré.

Y Gustavo, sonriente y complacido de haber causado tan buena impresión a tía Irene, abandonó la estancia.

Amelia tenía razón. Era preciso fingir hasta que llegase el preciso momento de decir toda la verdad.

Desde el otro gabinete, habían seguido con interés el anterior diálogo, Amelia y la señorita de compañía.

Irene entró a verlas y exclamó:

—¡Ay, hijas mías, qué hombre tan seductor!

Amelia la miró con cierto terror, con una chispita de celos... ¡Oh! ¿por qué aquella alegría de su tía? ¿Es que por ventura se había enamorado de Gustavo?

Y escuchó con honda seriedad y disgusto los favorables comentarios que hizo tía Irene del personaje incógnito.

\* \* \*

Por primera vez en su vida, tía Irene acudió a una cita a la hora exacta.

Amelia se encontraba en el "hall" del hotel, rodeada de los siete jóvenes, siempre mariposeando en su torno.

Llegó tía Irene y dijo sonriente:

—Siento mucho causarles un pequeño disgusto... pero hoy tendrán que prescindir de mí.

—¿Por qué?

—Tengo una cita...

Y señaló a Gustavo, que esperaba cerca de allí.



El joven astrónomo se había resignado a aquella farsa, sin adivinar ahora que su esposa estaba sufriendo grandes celos.

El continuaría la comedia, a fin de hacerse simpático a tía Irene y confesar luego que estaba casado con Amelia. Una vez ganado el corazón de tía Irene, ésta protegería indudablemente aquel amor. Únicamente le molestaba ahora que a su esposa la rodeasen tantos galanes...

Irene, después de despedirse de sus amigos, fué a reunirse con Gustavo y los dos desaparecieron del salón.

Una profunda rabia se pintó en las facciones de Amelia.

¡Imprudente, loca! ¿Por qué había mandado a Gustavo a la Costa Azul, a realizar aquella pequeña farsa?

¿No iba a dar resultados contraproducentes la estúpida comedia? Tía Irene parecía demasiado interesada por el desconocido, ignorando que éste fuese el esposo de Amelia.

Furiosa, rechazó a su corte de admiradores y se encerró en su cuarto, meditando sobre lo que debía hacer y terminando por

decirse que era preciso acabar la mentira.

Pero, ¿cómo atreverse a decírselo a su tía de palabra? Antes, le parecía una cosa fácil el descubrirlo todo; pero ahora, tras el interés que Irene había sentido por el misterioso caballero, ¿no lo tomaría ella a mal y se enfurecería, negándoles todo apoyo para lo sucesivo?

Sin embargo, Amelia no estaba dispuesta a que la madeja se enredara aún más.

¡Vaya con la tía Irene! ¡Llevándose al joven de excursión, solos los dos!... ¡Ah, qué rabia!

Se decidió a confesarle por escrito la realidad. Cogió la pluma. Escribió:

*Querida tía:*

*La farsa ha ido demasiado lejos, y es preciso que te lo confiese todo.*

*El joven que encontraste en mi habitación, es mi marido. Nos hemos casado hace poco en Berlín.*

Luego guardó la carta junto a la correspondencia recibida aquel día para tía Amelia y esperó el instante en que todo se descubriera.



Porque... si no ponía inmediato remedio, tenía el presentimiento de que su tía iba a convertirse en su rival...

\* \* \*

Habían ido a pasear en automóvil por la hermosa carretera que bordea la encantadora Costa Azul.

Irene guiaba el volante, lanzando el coche a enorme velocidad por la bien asfaltada vía.

A su lado, Gustavo se decía que la tía Irene nada tenía de desagradable.

Naturalmente que él no pensaba ni por asomo engañar a su mujer, y si seguía aquella amistad, era con el ánimo de inclinar el corazón de Irene hacia él y solicitar su generosa protección.

Avanzaban rauda, desesperadamente, como poseídos del vértigo...

De pronto, el coche vino a chocar con otro automóvil que iba en dirección contraria.

Por fortuna, el accidente no tuvo otras consecuencias que el susto.

El caballero que guiaba el otro automóvil, descendió e increpó duramente a tía Irene:

—Si no sabe usted conducir—le gritó—¿por qué se expone a romperse la crisma y a que se la rompan los demás?

Gustavo intervino en defensa de su compañera:

—La señora guía mejor que usted, ¿entiende?... Y debe saber usted, amigo, que una mujer está siempre en su derecho...

—Siempre, no.

—Lo dicho... Y tenga la bondad de no seguir importunando.

—No se meta usted en lo que no le importa, ¿estamos?

De las palabras pasaron a los hechos y el conductor y Gustavo se enzarzaron en una serie de tortas para todos los gustos.

Gustavo era más fuerte, y de un formidable puñetazo derribó a su adversario.

—Para que le sirva de escarmiento y en lo sucesivo no insulte a ninguna mujer —le dijo.



Y, subiendo al coche con Irene, pronto dejaron atrás al desdichado vencido, que se levantaba penosamente y echando maldiciones.

—Le estoy agradecidísima, señor... Es usted un héroe—le dijo Irene.

—¡Nada de eso! Cualquier hombre hubiera hecho lo mismo en mi caso.

—Muchas gracias. Adivino en usted un verdadero caballero.

—Me encanta que hable usted así.

—¿Por qué se obstina en no decirme su nombre, querido amigo? Estoy tan lejos de creer que sea usted un ladrón de joyas...

Vaciló Gustavo, y por un momento tuvo la intención de confesarlo todo a tía Irene; pero, al propio tiempo, adivinó que ésta le contemplaba con demasiado interés, y optó por esperar.

Era necesario hablar antes con Amelia, para estudiar el desenlace de la farsa.

¡Ah, el joven astrónomo no dudaba de que tía Irene estaba cautivada por él!

Regresaron, tras de recorrer varias poblaciones de la Riviera, al hotel.

Tía Irene iba sintiéndose cada vez más

atraída hacia el joven desconocido. Le sonreía dulcemente como si este hombre fuera la más hermosa ilusión de su juventud.

Cuando llegaron al hotel, Amelia fué a su encuentro, consumida de celos y envidia.

Avanzó hacia su tía, teniendo que realizar verdaderos esfuerzos para no arañarle el rostro.

Miró sin decir nada a Gustavo; pero éste sospechó de pronto la tempestad que se estaba forjando en el alma de su mujer.

Tonta, ¿por qué se disgustaba? ¿Es que no sabía que todo aquello eran episodios de la farsa que la misma Amelia había tejido? Pues, diablo, más disgustado estaba él con los siete jóvenes que rodeaban a su mujer. De modo que... estaban tal para cual...

Tía Irene, muy cordial con su sobrina, le dió cuenta de lo ocurrido durante el paseo.

—Si vieras... Un tío grosero me insultó... estuvo a punto de pegarme... Pero debo decir que el señor me defendió maravillosamente... el señor...

—Gustavo Silesius, para servirles — dijo el aludido.



Irene sonrió. Por fin conocía el nombre del misterioso personaje.

—Esta es mi sobrina Amelia—dijo Irene—. Pero vayamos a tomar el té...

Se sentaron en una de las mesas de la terraza, y cerca de allí, los "alabarderos" les contemplaban sin atreverse a acercarse, pues el nuevo y desconocido ídolo de aquellas damas, les inspiraba bastante respeto.

Apenas se dijeron nada mientras les servían el té; como si los tres se sintieran consumidos por inquietantes pensamientos.

Gustavo comenzaba a estar un poco frenético, viendo la actitud reservada y algo fría de su mujer.

Sonriente, entregó a su mujer un papelito que había escrito poco antes.

*Todo está a punto de aclararse... Nuestro asunto marcha viento en popa.*

Ella, con todo disimulo, lo leyó y su rostro pareció aclararse.

Llegó Regina, el ama de su tía Irene, y entregó a ésta la correspondencia que se había recibido aquel día.

Entre las cartas estaba la que Amelia

había escrito poco antes confesando la verdad a su tía.

¡Qué compromiso!

Vió a su tía que abría las cartas y pensó



*Sonriente entregó a su mujer un papelito...*

en la sorpresa que ella tendría, enterándose de todo ante el propio Gustavo.

¡Oh, no!... Ella había escrito aquella confesión para que Irene la leyese a solas, no ante los propios interesados, que recibirían



directamente el primer estallido de su furor al verse engañada de aquel modo.

Nerviosa, inquieta, dijo a su tía:

—Tienes una manchita en la cara... Mírate al espejo.

—Debe ser el polvo del camino.

Abrió el monedero y con el pañuelo se limpió una supuesta mancha.

Amelia aprovechó aquel momento para hacer desaparecer la carta y ocultarla rápidamente dentro de su media.

La operación fué tan rápida que nadie se fijó en ella.

—Ya te has quitado la mancha — dijo Amelia.

Acabaron de tomar el té. Gustavo entre las dos mujeres parecía atenderlas por igual, sin reflejar la menor predilección por ninguna.

De pronto, mirando al mar, Irene exclamo:

—Propongo hacer ahora mismo una pequeña excursión en balandro. ¿Qué les parece a ustedes?

—¡Admirable!—dijo Gustavo.

Amelia, aunque rabiosa, aceptó...

Antipática tía Irene, ¿es que no iba a dejar nunca en paz a su Gustavo? ¡Ah, estaba casi dispuesta a entregarle la carta... sino... que.. tenía un inexplicable miedo! Le parecía que Gustavo miraba con buenos ojos a la dama. ¿Es que era posible que se hubiese enamorado de ella?

Se dirigieron hacia el puerto. Y Amelia, sin poder reprimir sus celos, dijo en voz baja a su tía, señalando a Gustavo que se había adelantado unos pasos:

—¡Tía! ¡Ese joven es el marido ideal... para mí!

Irene la miró, sonriendo con melancolía... Parecía adivinar... Una rival... una enemiga.

Nada dijo y fueron hacia el balandro.

Un joven les advirtió, mostrándoles el mal estado del mar:

—Yo, en el caso de ustedes, aplazaría la excursión... Amenaza tempestad.

—En efecto, parece que hay nubes amenazadoras...—dijo Gustavo.

—¡Tempestad es aventura! ¡Es lanzarse al peligro y vencerlo! — dijo tía Irene—.  
¡No me importa! ¡Salgamos!

Amelia no era cobarde y no quiso que-



darse atrás. Subieron los tres con el timonel y pronto, desafiando las iras del viento, se alejaron de la costa.

Gustavo, entre las dos mujeres, sonreía...  
¿Cuándo llegaría el instante de confesarlo todo?

A él le importaba poco tía Irene como mujer, aunque no dejaba de confesar que era una criatura bellísima... Pero, se reía ahora él de la actitud algo violenta de Amelia, comprendiendo lo que le ocurría.

¡Ah! ¿tenía acaso celos? Pues que se aguantase. También él los tenía a veces de la conducta de ella. Aquellos siete jóvenes...

Le daría una pequeña lección... y luego descubriría toda la verdad.

Tenía ya deseos de volver a encontrarse en Berlín.

Irene estaba más insinuante que nunca.

—Soy tan dichosa en estos momentos... Me siento capaz de amar a todo el mundo —decía.

Y se acercaba más y más a Gustavo, como si quisiera darle un beso.

Amelia se estremeció de rabia... Pero, ¿se

había vuelto loca tía Irene? Aquello no podía continuar ni un momento más...

—La vida sin amor es muy aburrida. Lo sé por experiencia—dijo Irene—. Pero quiero rehabilitarme.

—Usted encontrará su príncipe gentil, no lo dude—dijo Gustavo.

—¿A usted le parece?

Y le miró con ojos tan dulces, acercóle los labios con tan exquisito movimiento que Amelia se estremeció y el mismo Gustavo apartóse discretamente con cierto miedo.

Amelia no estaba dispuesta a tolerar nuevas insinuaciones. Iba a protestar, cuando levantóse una violenta ola que casi invadió el balandro, y se desencadenó rápidamente la tempestad.

El momento era de peligro. Tuvieron que arriar las velas y sufrir innumerables remojones, pues las olas barrían la cubierta, pareciendo querer tragarse la embarcación.

Horrorizadas, Irene y Amelia, dando en aquel instante al traste con sus celos, se abrazaron, creyendo llegada su última hora...



—¡No teman! ¡Nada ocurrirá!—dijo Gustavo.

Y con el timonel lograron sortear y capear el peligroso temporal; llegando al cabo



*Se despidieron hasta la noche...*

de más de una hora de angustiosa lucha al puerto.

Iban calados, mojados hasta los huesos, tiritando... Se despidieron hasta la noche.

Cada uno de los tres personajes de aquella historia, fué a encerrarse en su respec-

tiva habitación para cambiarse de ropa y tomar una taza de caliente té.

\* \* \*

Un rato después, Amelia se presentó en la habitación de su marido. Había entrado ya en calor, y el recuerdo de todo lo que ocurría le hería de nuevo vivamente.

—Amelia, ¿qué ocurre?—dijo su marido, sonriente—. ¿Cuándo acabamos de una vez con todo eso? ¿Cuándo confesamos la verdad?

—¡Oh, no mientas! — protestó indignada—. Lo he visto todo en el balandro y no me cabe ya ninguna duda... ¡Ella te ama!

—¡Qué absurdo!

—¡Sí... sí!... ¡Cómo la odio en estos momentos!... ¡Quisiera destruirla!

Y sus manos se crisparon.

Gustavo sonrió. Aquella furia celosa le decía cuánto le quería Amelia.

—No hay que censurar a tu tía con de-



masiada acritud...—dijo—. Es, después de todo, una mujer extraordinaria.

—¡Sí, lo es, lo es! ¡Mil veces más bella, más elegante y más exquisita que yo! ¡Por eso la aborrezco!

—Exageras, querida.

—¡Y tú te has enamorado de ella!

—¡Qué disparate! Pero bien he de mostrarme amable con ella. No hago más que seguir tus instrucciones. Yo sí que debiera enojarme contigo, viéndote flirtear con unos cuantos jovencuelos.

—¿Qué tiene que ver una cosa con otra? Yo no les hice el menor caso, y tú...

Casi se echó a llorar.

Llamaron y entró Regina.

—La señora desea verle inmediatamente, señor Silesius.

Cuando marchó, un nuevo volcán de celos estalló en el alma de Amelia.

—¿Ves... ves? Mi tía está enamorada... Yo quiero irme a casa, Gustavo... a nuestra casa... ¡Vámonos ahora inmediatamente! ¡Todavía estamos a tiempo de salvarnos!

—Tienes razón, Amelia—dijo él, seriamente—. Nos marcharemos hoy mismo. Pe-

ro no juzgo prudente no acudir ahora al llamamiento de tu tía. ¡Espérame aquí!

Y aunque ella le instó para que no fuese, Gustavo salió.

Entró en la habitación de tía Irene.

Esta se hallaba monísima, vistiendo un pijama encantador.

Le hizo sentar y, mirándole a los ojos con una pasión que se desbordaba por todo su ser, comenzó a decirle, a tiempo que le brindaba una copita:

—Querido amigo, no es costumbre que nosotras, las pobres mujeres, hagamos declaraciones de amor... Pero en mi caso...

\* \* \*

Minutos después, Gustavo, volvía cabizbajo a la habitación de su esposa.

—¿Y qué? — le preguntó Amelia, anhelante.

—Tu tía quiere casarse conmigo. Acaba de declararme su amor.



—¿Es posible? ¿Y tú qué le has dicho?

—¡Que no podía ser!

—¡Oh, la miserable! Pero ella no me conoce aún... Vas a ver...



—... *no es costumbre que nosotras, las pobres mujeres...*

Y furiosa corrió hacia la habitación de tía Irene.

—¿Qué hay, sobrinita?—dijo Irene con dulce voz.

—¡Esto se ha terminado!—rugió—. ¡Yo

no aguanto a tu lado ni una hora, ni un minuto, ni un segundo más!

—Pero, Amelia, ¿a qué viene esto?

—¡Lo sabes mejor que yo! ¡Quitarme a Gustavo! ¡Ea, no quiero nada tuyo... nada!

Y, ante el asombro de tía Irene, su sobrina fué despojándose de sus collares, de sus sortijas, de sus vestidos...

—¡Nada... nada... nada!...—rugía en el colmo de la indignación.

—¡Amelia!

—¡Todo lo que me habías dado, te lo devuelvo! ¡Nada quiero de la que pretende robarme la felicidad! Porque yo amo a Gustavo, yo, le amo...

Y la joven siguió arrojándole a la cara todo lo que ella le había dado, vestidos, joyas, todo... Se quedó solamente con la ropa interior, porque su audacia no llegaba a tanto.

Gustavo había salido al corredor y, escuchando los gritos de su mujer, entró en la estancia, y vió como ésta, que iba ahora únicamente con fina camisita, corría a sus brazos.

—¿Ves este hombre?—gritó Amelia, mi-



rando a su tía—. Pues, para que lo sepas, me quito la careta de una vez... ¡Es mi marido... mío.. mío... y si quieres quitármelo, tendrás que matarme primero!

Y le abrazaba estrechamente, mientras Gustavo, avergonzado, no osaba pronunciar palabra.

Irene escuchaba con serenidad aquel charrón imprevisto. Sus labios hicieron una mueca melancólica al ver abrazados a los dos novios. Luego dijo, lentamente:

—Hija mía, Amelia, yo sabía, desde antes de venir tú aquí, que estabas casada...

—¿Cómo?

Los esposos la miraron con estupor.

—Sí... Lo sabía... Pero he querido estudiar a tu marido, estudiaros a los dos... Me gusta, a veces, leer en el gran libro de la vida... Ha terminado la pequeña farsa... Además, Amelia, yo quería castigarte por no haberme participado tu matrimonio.

—¡Tía!

—Sé que serás feliz... Tienes el marido ideal por todos conceptos. No hay duda que Gustavo te quiere... y es un perfecto caballero.

—¡Tía! ¡Perdóname!

Y, avergonzada, la joven corrió a abrazarla.

También Gustavo fué a estrechar la mano de tía Irene. ¡Simpática mujer!



*... se había enamorado de Gustavo...*

Irene apretó cordialmente aquella mano varonil y sobre la serenidad de que ella había dado muestras, hubo una sombra me-



lancólica... ¡Ah! En el fondo de su corazón, se decía que se había enamorado de Gustavo...

Pero reaccionó inmediatamente.

—Irene... Gustavo... Hoy comunicaremos a todos vuestra boda—dijo.

Y sonrió, mientras los novios se abrazaban y ella se decía, que acababa de perder al hombre que le había hecho soñar en una ilusión imposible...

\* \* \*

Poco después volvieron los novios a Berlín... Su tía había cedido a Amelia parte de su fortuna, con lo que los recién casados podrían llevar una existencia de esplendor.

Y tía Irene siguió siendo uno de los principales atractivos de la Costa Azul, escoltada siempre por sus siete "alabarderos", y llevando en el alma la interrogación de algo que ella no sabía si era amor...

Pero la vida era amplia y los sentimientos variables. Estaba segura de que alguna otra



... mientras los novios se abrazaban...

vez encontraría su verdadero príncipe con el que ir por los caminos de la vida con una sonrisa de gloria.

F I N



**¡GRAN ÉXITO!**

en las selectas *Ediciones Especiales* de  
**La Novela Semanal Cinematográfica**

de la formidable novela

## **La Bailarina de la Ópera**

por DOLORES DEL RÍO  
y CHARLES FARRELL

---

**ACABA DE APARECER:**

### **BEN-ALÍ**

---

**EN PREPARACIÓN:**

## **Los Cuatro Diablos**

por JANET GAYNOR  
*Dirección:* MURNAU  
**FILM TITAN FOX**